

reina, en el canton de San Luis, á las órdenes de Calleja, y en el de Jalapa formado por Iturrigaray.

Cuando la caída del virey, Allende se puso furioso y queria hacer una contra-revolucion; desde entonces parece que abrigó la idea de la independencia.

Allende llevaba la palabra en el corrillo de amigos antes de comenzar la junta.

—Compañeros, decia á los capitanes de su regimiento, Aldama y Abasolo, en nuestro género de soldados no están estas esperas, os confieso que me irrita á la menor contradicción, que abomino á mis gefes, que detesto al gobierno, y no deseo mas que su caída; la insolencia de los españoles me tiene colérico y desesperado.

—Soy de tu misma opinion, dijo Aldama; no has de creerlo, ni duermo pensando en el dia del tumulto, aquí va á ser ello, verán si con gente como la nuestra se apagan con tanta facilidad las revoluciones.

—Este señor Hidalgo siempre con su retentiva.

—Son cosas de la edad.

—En fin, no debe dilatar, estará en conversacion con la corregidora.

—Esa es buena aliada.

—Ya lo creo, como que tiene buena capacidad y una audacia á toda prueba.

—Ojalá que todos los comprometidos tuviesen un valor semejante.

—Creo que no les ha de faltar.

—Estos abogados están macizando el golpe, amigos míos, les tengo mas miedo á las plumas que á uno de los cañones de San Juan de Ulúa.

—Tienes razon.

—Ya me figuro, dijo Allende, mandando un ejército y dando una batalla; pero una gran batalla como jamas se ha visto en nuestros tiempos, y que se cuenta del tiempo de la conquista.

—Somos de esa raza, observó Abasolo.

—Y no la desmentiremos, capitan, hasta ahora estamos humillados por los gefes que nos vienen de España, y no hemos tenido lugar de batirnos; pero va á llegar el momento y verán si los *criollos* somos ó no capaces de habérmolas con cualquiera que se nos ponga delante. Cuando estaba en el canton de Jalapa, me decia, de qué sirven tantos soldados si los franceses no han de llegar.

—Ahora es otra cuestion.

—Sí, enteramente, se trata de arrojar á los extranjeros y quedarnos solos en nuestro país, enteramente solos, sin dependencia de España ni de ninguna otra nacion: qué hermoso ha de ser gobernarse por sí mismo!

—Sí, dijo Aldama, no tener por señores sino á nuestros amigos y paisanos, llamarnos libres é independientes, poderle decir al pueblo: ya no eres esclavo, estas tierras son tuyas, estas minas te pertenecen, estos sembrados que riegas con el sudor de tu frente vuelven á tu dominio, te los habian usurpado, tú eres su legítimo dueño.

—No hables así porque me siento enloquecer ---- cuando veo azotar á los pobres indios en las *haciendas*, y tratarlos peor que á los animales; cuando veo al pueblo entero en esclavitud, porque nosotros no somos mas que siervos de los españoles, y pienso que nos hemos de levantar contra tanto reyezuelo, no me cabe el corazon de gozo y de alegría.

—Mira, Abasolo, todos esos desgraciados vendrán á nuestras filas y serán buenos soldados, yo te lo aseguro.

—Comenzarán por matar á los mayordomos que los han vapulado durante tantos años.

—Eso me parece natural, no tiene la culpa el oprimido, sino el opresor.

—Estamos de acuerdo.

—Ya está ahí el señor cura, ese es el cerebro de la junta, su capacidad alumbra.

—Trae un semblante particular.

—Sí, le noto algo extraño.

—Hay tormenta.

—Vamos, que ya comienza la sesión.

El grupo de jóvenes se dirigió á saludar al párroco, que les tendió la mano con afabilidad.

III.

Presidida por el cura Hidalgo se instaló la junta, siendo como hemos dicho, el secretario Don Mariano Galvan, alma pusilánime y cobarde, arrastrada por compromiso á aquella situación.

—Señores, dijo Hidalgo, ha llegado el momento de poner en planta cuanto hemos acordado en las juntas celebradas en el transcurso del año.

Un rumor de aprobacion surgió entre los concurrentes.

—He querido hablaros por la última vez, para haceros presente todo el riesgo que hay en la empresa y todos los peligros que vamos á afrontar una vez lanzados á la arena. Vamos á combatir con un coloso armado; yo sé que los iniciadores de una grande obra nunca ven el fruto de sus trabajos; esa sentencia jamas ha dejado de realizarse; nosotros dejamos la semilla sobre el campo de la patria; entre este dia y el de su cosecha, media un abismo que debe llenarse acaso con nuestra sangre.

Me habeis encontrado indeciso hasta hoy; las páginas de la experiencia me han dicho que aun no era tiempo todavía; yo sé que en 1794 don Juan Guerrero trató de alzarse con el reino; pero su programa era malo, porque no traia el pensamiento de la independenciam, y fuera de esa idea nada ha de surgir en el suelo americano. Guerrero el europeo salió desterrado al Peñon de Africa, merecido castigo á su torpeza. Por aquel

tiempo denunció Francisco Vazquez una conspiracion, que no llegó jamas á estallar porque adolecia de la falta de una bandera. En 1799 fué la célebre conspiracion de los *trece*, que llamaron de los *machetes*; ella traia el estandarte de la verdadera revolucion, en ella sí se proclamaba la independenciam; pero el pensamiento se desvirtuaba con los demas artículos del programa, porque se descubrian miras bastardas y criminales, que no oscurecer n el sol purísimo de nuestra revolucion. Los indios de la Nueva Galicia han iniciado un tumulto acaudillados por el hijo del gobernador de Tlaxcala que pretendia hacerse rey, y naufragó en ese pielago de los motines sin nombre. Acabais de ver fracasar el movimiento de Valladolid, lo que revela, señores, que el hombre no debe anticiparse al destino.

Todos esos síntomas de una grande erupcion distan mucho de la hora de la catástrofe.

La hora ha sonado en el reloj del porvenir, ya no hay mas que afrontarlo.

Ya os he dicho que yo soy viejo, y no arriesgo sino unos cuantos dias, últimos pasos hácia la tumba: vosotros sois jóvenes; pero os conozco, no podreis sufrir por mas tiempo la condicion que han impuesto á la América los conquistadores.---- Se os ha arrebatado vuestra patria, no podeis alcanzar ni altos empleos, ni dignidades, estando vuestros dominadores en el suelo donde habeis visto la luz.---- Vosotros acaso pudiérais resignaros; pero esta es la herencia que preparais á vuestros hijos?

—No, mil veces no, gritó el capitán Allende, y poniendo su mano sobre el pomo de su espada, continuó entusiasmado:

—Juro por mi patria y en nombre de mi bandera, derramar mi sangre en defensa de la libertad de México.

—Todos lo juramos! exclamaron á una voz los conjurados.

—Bien, dijo Hidalgo, así os quiero, vuestra sangre se enciende en el fuego del patriotismo; nada os arredra; impetuosos, valientes, denodados, desafiáis al peligro: yo os acompaño y mi

pecho servirá de muralla para guardaros de los primeros tiros. Nada vale mi sangre, nada mi existencia, pero toda es de la patria, toda de las generaciones cuyos destinos fijamos en esta noche solemne!

Epigmenio Gonzalez se levantó lleno de entusiasmo y dijo con voz conmovida por tan fuertes impresiones:

—Yo no sé hablar ni decir lo que pasa por mi corazón, pero vuestras palabras son la expresión de lo que pasa en mi pecho y en mi cerebro. Ya sabéis que he aceptado cuanto pudiera sobrevenirme; ya os puedo dar cuenta de mis trabajos, he fabricado miles de cartuchos, no he cesado de elaborar en el silencio de la noche, y estoy satisfecho: cuando queráis podéis disponer de todo empezando por mi vida.

El licenciado Altamirano dijo que la fabricación de armas continuaba en la hacienda de santa Bárbara; que ya había un gran número de lanzas, las que agregadas á las que el señor Hidalgo tenía en Dolores, podían servir para armar á los primeros soldados.

El capitán Arias, joven de valor, ofreció ser el primero en iniciar el movimiento con una compañía del regimiento de Celaya.

Allende y sus compañeros juraron cien veces que estaban dispuestos á dar la señal de la revolución y pelear como buenos.

—La independencia ó la muerte! gritó Allende.

—La independencia ó la muerte! repitieron los conjurados.

—Fijemos el día, dijo Allende.

—Para el primero de octubre, respondió Hidalgo.

—Convenidos.

—Estareis dispuestos al primer aviso; la suerte de América está echada, juguemos el todo por el todo, yo os conjuro en nombre de nuestros antepasados que murieron luchando por la libertad, que espiraron en las llamas del tormento antes que doblar su cuello al yugo de la conquista; os conjuro en nombre del porvenir y de la emancipación de este pueblo!

Repartiéronse los conjurados por distintos rumbos á ejercer la propaganda revolucionaria, como los apóstoles con el Evangelio de Jesucristo.

IV.

El cura Hidalgo se fué á la casa del corregidor Dominguez á contarle la última determinación de la junta.

El corregidor la escuchó tranquilo.

Doña Josefa Ortiz resplandecía de gozo, acaso sin pensar en las escenas sangrientas que iban á desarrollarse á su vista.

—Os dejo, señor corregidor, tengo que hablar con dos individuos.

—No tengo que recomendaros la prudencia; faltan treinta días y durante ese tiempo pueden acontecer cosas muy graves.

—Dios dirá, respondió el párroco, y retirándose á la pieza que le habían destinado hizo entrar á una de las personas que le esperaban.

—Hola! don Juan Garrido, que haceis por Querétaro?

—Vine á un negocio y recibí vuestra esquela llamándome.

—Que dice ese famoso batallón de Guanajuato?

—Cada día está mejor organizado; los jefes valen bien poco, pero los sargentos son de lo mejor.

—Por supuesto todos amigos del señor músico mayor.

—Me jacto de ello, son mis camaradas y yo soy el de las confianzas del batallón.

—Bien, ¿y creéis en la sinceridad de vuestros amigos?

—Metería mi mano en un horno ardiendo.

—Y hablando de otra cosa, ¿estais contento con vuestra suerte?

—No hay un solo hombre, señor cura, que lo esté con su condición.

—Es bien triste que los *criollos* no puedan ascender en vuestra profesion.

—Señor cura, á veces me pone esto de mal humor.

—Teneis razon; pero es el caso que vosotros no haceis nada por variar vuestra suerte.

—¿Y qué podemos hacer?

—Ya que quereis saber mi opinion, os la diré francamente: que despues de tanto ruego al gobierno, de tanta súplica porque os conceda alguna merced, no se ha alcanzado sino repulsas y desaires.

—Es cierto.

—Es necesario apelar al último extremo, á un levantamiento.

—¿Contra el rey?

—No precisamente, sino contra los que mandan en México; porque ya es tiempo de que conozcan que vosotros no debeis ser tratados de una manera tan despreciativa.

—Yo la verdad tengo miedo.

—¿Miedo un soldado? ---- vamos, señor Garrido, que no pensais lo que decís.

—Teneis razon, es necesario pensarlo bien; ya me ha invitado un sargento que concurre á las juntas donde vos asistís, señor cura.

—Malo! pensó el cura, el secreto anda ya entre muchos.

— Cinco ó seis sargentos me han hablado ya en ese sentido, y por lo que he oido están dispuestos á entrar en el *tumulto*.

—¿Y vos?

—Yo tambien entraré, señor cura, pero con la condicion de que se ha de reconocer siempre como á nuestro soberano á su magestad Fernando VII.

—Precisamente es esa la idea.

—Pues entónces contad conmigo.

—Habladles á los camaradas de mas confianza, mirad que nos va en ello la existencia.

—Ya lo creo, no tengais cuidado, que toda es gente muy buena.

—Una indiscrecion nos perderia.

—No la espereis, señor cura; por mi parte os recomiendo que se respete siempre á su magestad.

—Está bien.

—Buenas noches, señor cura.

—Id con Dios.

El sargento Juan Garrido salió del aposento.

—Miserable! si como él fuesen todos los conspiradores, la independencia no se llegaba á hacer nunca.

—Entrad, señor de Buera, dijo Hidalgo.

Un español bien parecido, pero con la mirada oblicua y metida bajo el ceño, habló con el párroco hasta muy entrada la noche, en que abandonó la casa del corregidor.

No amanecia aún cuando el padre Pontolongon, que habia seguido los pasos á Hidalgo sin perderle movimiento, adelantaba por la cuesta de santa Rosa en direccion al Bajío.

Por la misma vía atravesaron á escape cuatro jinetes.

—Comprendo, comprendo, dijo el padre Pontolongon, los señores oficiales que han venido de san Miguel el Grande de *ocultis* ---- el cura ya estará saliendo de Querétaro, es necesario que me halle en Dolores á su regreso; ya le tengo en mis redes; ¡vive Dios que es un hombre á toda prueba! ---- pero yo valgo mas que él puesto que lo he sorprendido ---- Demonio! de esta hecha si nos descuidamos nos ahorcan ---- les tomaremos la delantera ---- el negocio está mas sério de lo que pensaba ---- mucha gente hay comprometida, es necesario salvarla.

El padre Pontolongon arrimó con entusiasmo las espuelas á su magnífica mula y se perdió por las veredas de la montaña.